

# MENSAJES EN UNA BOTELLA QUE ESTOY ACABANDO

Andrés Ortiz Tafur

Prólogo de Andrés Neuman



JUANCABALLOS DE POESÍA

## La voz que corre al mar

Estos poemas sienten en pretérito imperfecto. Ese tiempo fatal desde el que recordar parece violentamente necesario. La voz que conjuga estos verbos encarna a una persona gramatical y a un personaje dramático. Pero no se trata de un teatro del fingimiento, sino de la catarsis. Del entonar a otros para ir quedándose desnudo. A solas con un “Tiempo enemigo” que ya no tiene garantizada su propia supervivencia: «Antes creíamos que el futuro era una garrapata/ asida a la piel de nuestros padres».

Todo comienza con ese arranque machadiano, en el mejor sentido de la palabra arranque y también en el automovilístico: un Renault recorriendo, marcha atrás, los caminos de la infancia. Para rescatar, como autoestopistas detenidos en el arcén de la memoria, ciertos fantasmas familiares. Es una infancia a lápiz. Que se escribe y se borra, se reescribe y vuelve a borrarse como una maraña de neumáticos superpuestos, hasta alcanzar el trazo difícil de los recuerdos.

En este viaje la ausencia no sólo representa una pérdida a lo largo del tiempo. También un escenario, un espacio hecho de huecos. O, para ser más precisos, de zanjas. Lo que se entierra en ellas reaparece de algún modo en el próximo bache, generando una continuidad interna en las perforaciones. Quizá

por eso mismo en estos poemas hay algo de recuento, de inventario de lo incuantificable. Como si existiese algún modo de objetivar lo que duele. O de localizar las coordenadas de nuestro propio extravío, a semejanza de lo que ocurre en “Si quieres encontrarme”.

Al bajarse del coche que la guía en la primera parte del libro, la voz se transforma en corredor de fondo. En alguien que corre –parafraseando su lucidez– para adquirir una forma que no es la suya. El punto de partida de este fondista fugitivo parece la ruptura. Y, en vez de a alguna meta, se dirige hacia lo desconocido.

Lo secundan dos pies libres, un ritmo sin corsés. El golpeo del corazón doliente. Los ruidos agitados de su respiración. Y, *last but not least*, una música eléctrica. Esa banda sonora desolada que, paradójicamente, hace tanta compañía. Un rock a posteriori, de supervivientes. «Las canciones que dicen lo que yo no sé decir/ las escriben cantantes que no saben quién soy». Quizás esos cantantes tampoco sepan quiénes son ellos mismos. Así actúa la poesía. Como una melodía que viaja siempre en nombre de otro.

Cada canción triste, se nos revela aquí, viene precedida de un buen momento. Una convicción similar tensa estos versos descarnados, de confesión sin anestesia, que logran conjugar la urgencia y la distancia. Cuando ya parecía agotado de correr y caer, el Lázaro lírico se levanta e insiste. Ese Lázaro protagoniza, a mi gusto, uno de los mejores poemas del libro. Y retorna, a veces mencionado, a veces apenas sugerido, con cierto tono de alarido póstumo. El de quien renace por empeño o acaso por fatalidad (Keith Richards incluido).

Hacia el final de la segunda parte, nuestro caminante renacido va encontrando el remanso de la edad. Esa precaria serenidad del tiempo cuando pasa y de pronto tenemos tiempo para verlo pasar. Llegamos al “Ocaso”. A su «último hito de luz». Ahora el paisaje es propicio a una lentitud que esconde sus propias ráfagas. Llegan las despedidas, sus nuevas bienvenidas, la dureza del agua.

Y justo ahí, de frente al resplandor, sobrevolándolo todo, la sombra de un padre niño que vuelve a jugar entre las olas.

«La muerte es el hambre que nace/ después de todo un día sin comer,/ la boca abierta de una ballena en tierra firme», escribe memorablemente Andrés Ortiz Tafur. Sus versos llenarán cualquier botella que nade hasta su orilla.

ANDRÉS NEUMAN

Granada, marzo de 2018